

Los felpudos nunca mienten

MARÍA ROSAL

Ilustraciones de Mónica Carretero





**Los felpudos
nunca mienten**

MARÍA ROSAL

Los felpudos nunca mienten

Ilustraciones de *Mónica Carretero*

edebé

© Texto: María Rosal, 2023
© Ilustraciones: Mónica Carretero, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de Sant Joan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6890-0
Depósito legal: B. 8306-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Fernando, Lucas, Alicia y Abril

Índice

| | |
|--------------------------------------|-----|
| 1. Las casualidades no existen | 9 |
| 2. Los felpudos nunca mienten | 19 |
| 3. El dueño de la historia | 27 |
| 4. Un pedazo de fantasma | 39 |
| 5. <i>Urban knitting</i> | 49 |
| 6. Dante Montalvano | 57 |
| 7. McRhimmen | 65 |
| 8. Una nueva guarida | 81 |
| 9. La oreja | 93 |
| 10. El secreto del barril | 107 |
| 11. El okupa | 119 |
| 12. Las apariencias engañan | 127 |
| 13. Champú de huevo | 139 |
| 14. <i>New life</i> | 151 |

1

Las casualidades no existen

Mucha gente cree que las cosas suceden por casualidad.

Esa es una mentira muy grande. Yo lo sé.
No lo sabe casi nadie.

Lo que ocurre es que se ha perdido la costumbre de pensar.

Ahora todos andan con el móvil y con las redes sociales. Se creen todo lo que les dicen. Nadie piensa.

Por eso alguien podría imaginar que la llegada de la señora Moon a nuestra casa fue una casualidad.

Todos menos yo.

A mí no me engañan.

Ya conocen la expresión esa de «perro viejo...». Para quien no lo sepa, significa que eres listo. Muy listo. Que tienes experiencia de la vida. Y un buen cerebro.

No como ese otro refrán que dice: «A perro viejo todo son pulgas». El primero que dijo eso era un gran ignorante. Alguien sin cerebro. Y todos los que lo han repetido durante siglos son un ejemplo de que la gente no piensa. Solo repiten lo que dicen otros. Sin pensar.

¿Quién dijo aquello de: «Perro ladrador, poco mordedor»? ¿A quién se le ocurrió decir: «Muerto el perro, se acabó la rabia»?

También soberanas tonterías.

La rabia es algo que tenemos dentro y que nos muerde a nosotros mismos.

La rabia da grandes mordiscos, sobre todo cuando estamos enfadados.

En nuestra familia hemos estado rabiosos muchas veces. Pero cuando apareció la señora Moon, llevábamos mucho tiempo tranquilos. Demasiado.

Por eso estaba claro que la llegada de la señora Moon no era una casualidad.

En esta casa ya estamos acostumbrados. Siempre pasan cosas. Cosas muy raras. Cómo me gustaría una familia normal... Pero, en fin, parece que eso no se elige.

A veces ocurre algo extraordinario y durante varios días estamos nerviosos. Entonces todo puede suceder: tropezamos entre nosotros por el pasillo o al salir del baño, se quema la comida, puede venir la policía, los del seguro, el portero, la vecina...

Todo es posible. Da igual.

Aún recuerdo aquel día. Recibí un enorme pisotón, pero había tanto barullo que no sabría decir a quién pertenecía la suela del zapato que casi me aplasta.

Y es que, a veces, pasan cosas extrañas. Muy extrañas.

Al final todo se arregla y las aguas vuelven a su cauce. Eso es lo que le gusta decir a Margaret. Eleva la mirada al techo, luego nos mira y pronuncia con tono misterioso:

—Ya veréis como no llega el agua al cuello y todo se queda en agua de borrajas.

Si es que es una artista. Nadie más sabe hablar así.

El resto de la familia insiste en que es una catástrofe, pero ella siempre ve el lado bueno y nos lanza una de sus frases, como si la escupiera:

—¡Exagerados! Eso es lo que sois: ¡unos exagerados!

Y quizás tenga razón. Que yo recuerde, el agua solo se desbordó una vez, cuando nos fuimos de vacaciones y se quedó abierto el grifo de la bañera. Entonces el agua no volvió a su cauce, sino al piso de abajo. Y llamaron a la policía.

Pero eso ya lo contaré en otro momento. O no. Mejor lo cuento ahora.

El caso es que había que dejar la bañera con un poco de agua para que Vetusta, nuestra tortuga, pudiera vivir en aquel oasis hasta nuestra vuelta. Tenía una pequeña isla de plástico con dos palmeras inclinadas. Margaret dijo que se lo encargó a Dante:

—No te olvides de cerrar el grifo.

Dante insistió en que se lo recordó a Luna, y Luna dijo que si patatín, que si patatán. Así que tanto la madre, como el padre, como la hija salieron sin mirar hacia atrás.

Está claro que alguno de ellos abrió el grifo, pero nadie se acordó de cerrarlo.

¿Podríamos decir que eso fue una casualidad?

—Las casualidades no existen —dijeron los del seguro.

Yo lo tengo claro. Solo los muy tontos pensarían que era una casualidad.

—¿Qué casualidad ni casualidad? —se encaró un tipo iracundo—. Se han dejado ustedes el grifo abierto. Eso se llama «causalidad». ¡Cau-sa-li-dad! Y no lo cubre el seguro.

Se marchó dejándonos a todos en un mar de dudas y en un terreno resbaladizo, con el agua al cuello.

Es una forma de hablar. Una metáfora. Claro que no nos llegaba el agua al cuello. El agua resbaló por las escaleras y alcanzó la calle.





Eso lo digo para mostrar que estábamos en un aprieto muy gordo.

Vetusta fue arrastrada hasta el comedor. La fuerza de la marea de aquel grifo la impulsó hasta la alfombra del salón. Allí se agarró como náufraga que llega a una isla desierta. Le pareció que había desembarcado en el paraíso cuando probó pequeños trocitos de la alfombra, hechos con fibras vegetales de zanahoria y brócoli. ¡Ecológicas!

Ante el desastre, Margaret, con su sentido práctico habitual, sacó dos fregonas. Se las puso en la mano a Dante y a Luna, y exclamó:

— ¡A limpiar!

Ella se dedicó a mimar a Vetusta. Estaba muy pálida. Menudo susto. La envolvió en uno de los mandiles que usaba para pintar. Se parecía a ET con aquella tela por la cabeza. Estornudó tres veces seguidas y después se encogió dentro de su caparazón. Tardó dos días en volver a sacar tímidamente una pata, luego la otra... Volvió a encerrarse. Yo creo que estaba enfadada.

La verdad es que no se merecía aquello. Pobrecita.

Bueno, tampoco se merece su nombre. Es muy joven. Tiene un color verde claro, brillante, y unos ojos sin apenas arrugas alrededor. Vetusta Morla debía de ser una antepasada suya muy antigua. Margaret es una artista. Sabe poner nombres como nadie. En cuanto la trajo Luna, dijo: «Hola, Vetusta». Y así se quedó.



En fin, las casualidades no existen. Ya lo dijeron los del seguro. Y nosotros lo aprendimos. Quizás un poco tarde.

Sin embargo, eso no fue nada comparado con los extraños sucesos que ocurrieron tras la llegada de la señora Moon. Aquello vendría a sacarnos de nuestra rutina y provocaría que otra vez se desbordara el río de nuestra tranquilidad.

Esto del «río de nuestra tranquilidad» es otra metáfora.

Yo también soy artista. Aún mejor: soy poeta.

Seguro que os estáis preguntando quién soy.

Soy quien cuenta la historia.

Se llama *narrador*. Se puede ser narrador y poeta: un poeta narrador o un narrador poeta. Tanto da.

Soy el único que piensa en esta casa.

El único que tiene la mente fría. Mi olfato no me engaña. Jamás.